

## Tarot

La gitana compareció ante el juez hora y media más tarde de que la audiencia estuviera fijada. Acusada de leer cartas, lucrar con hechizos, de adivinar futuros. Su Señoría no andaba con mucha paciencia y menos para estos asuntos de estafas de poca monta. Sólo una cosa lo enardecía más que los supuestos adivinos: los incautos que pagan por saber lo que nunca se puede. Un mes en la cárcel, allí tendría tiempo de meditar un poco.

La gitana llegó a la Sala de audiencias acompañada por un suboficial de la policía. En un pequeño pupitre a la derecha del juez estaba sentado un secretario escribiente; del otro lado, otro policía, un oficial panzón que parecía próximo al retiro.

-Dice usted adivinar el futuro, ¿verdad? –preguntó el juez.

Y como la gitana respondió afirmativamente, el juez quiso saber cómo es que si adivinaba el futuro no sabía que iba a comparecer ante él y que probablemente fuera condenada a la cárcel por estafa.

-Sí –respondió la gitana-, yo sabía todo eso.

El juez caviló. Frunció el ceño. -Y si sabía, ¿por qué no hizo nada por evitarlo? ¿O es que nada escapa al destino?

La gitana le respondió que ella no quiso evitar nada ya que esta era la única forma que tenía de encontrarse cara a cara con él: tenía algo importante que decirle.

El juez entrecerró los ojos, divertido. -¿Y qué es lo que me tiene que decir?- preguntó.

-Alguien va a intentar agredirlo; no para matarlo, esas cosas nunca se saben. Pero yo estoy aquí para prevenirlo.

El juez preguntó quién iba a querer agredirlo. ¿Un prófugo de la justicia? ¿Quién?

-Él –dijo la gitana señalando con la cabeza al suboficial que la había conducido hasta la sala. Al guardia se le transformó la cara. No sabía si reírse o darle un sopapo.

-Qué está diciendo -dijo el juez enojado.

-Usted me va a decir que no es tan tonto, que yo trato de confundirlos, que siembro cizaña, ¿no?

El juez comenzó a perder la paciencia.

-¿Y por qué él querría dañarme? –preguntó señalando con el mentón al suboficial.

La gitana dijo que eso no lo sabía. Ella no veía intenciones, sólo veía hechos.

-¿Y por qué razón iba yo a atacar al juez? - preguntó el suboficial con una sonrisa nerviosa.

-Silencio –ordenó el juez -acá las preguntas las hago yo.

El suboficial pidió disculpas, avergonzado.

-Y por qué razón me iba a atacar el señor, si se puede saber.

-Ya le dije, -respondió la gitana- no conozco las razones, sólo puedo percibir que este policía lo envidia, envidia su lugar, el dinero que gana, el sillón donde está sentado; usted, por ejemplo, no recibe órdenes de nadie....

-Eso no es cierto –la interrumpió el policía. -Ya lo creo que me gustaría estar allí, pero...

-Silencio -ordenó su señoría-. La próxima vez que hable deberé proceder, soy claro, ¿sí?

El suboficial se puso muy colorado. Y pidió disculpas por lo bajo.

-¿Desea declarar algo más? –preguntó el juez dispuesto a liquidar el asunto.

-Sí, si me permite. El caballero es novato –la gitana habló con mucha calma, mirando al suboficial. –Yo lo comprendo a usted. Si me dieran a elegir, quién no quisiera estar en el lugar del juez, es lógico que lo envidie. Usted es negro, el juez es blanco.

-Yo no soy negro, soy morocho, soy vasco.

El juez suspiró: -Los vascos no son morochos como usted, hágame el favor...

-Bengoechea.

-Bengoechea. Su madre debe ser andaluza o árabe o india, vamos hombre.

-Mi madre es vasca como mi padre. De Bilbao han venido los dos.

-Entonces su padre... Bueno, no me haga caso y haga silencio.

La gitana intervino:

-Él y yo tenemos el mismo color de piel.

El juez rió.

-Es verdad, y usted no es vasca.

-No, yo soy gitana.

-Mi madre no era gitana, era rubia como mi padre –intervino enojado Bengoechea.

-¿Y de dónde sale usted tan morocho, mi amigo? –dijo el juez con sorna.

-Yo no soy su amigo.

-¿Cómo dice? –el juez le clavó los ojos.

El suboficial iba a ensayar una disculpa cuando el juez ordenó al oficial panzón, que había visto la escena con ojos de vaca cansada, que lo detuviera.

-A quién vas a arrestar, si yo no hice nada, es esta mina la que empezó todo.

El oficial avanzó sobre su subalterno con gesto paternal.

-Soltame –dice y se saca de encima al oficial. Qué es lo que iba a hacer nunca se supo, cuando comienza a caminar hacia el juez, la gitana le da un empujón. El policía cae. El otro le pone un pie en el estómago y por un walkie talkie pide un refuerzo. Ha actuado con una rapidez que sorprende al juez.

-Lléveselo de aquí –ordena cuando llegan dos guardias más. - Un mes de prisión efectiva.

Cuando quedaron solos, la gitana le dijo con voz muy suave:

-Ya ve, tenía que verlo a usted para evitar que lo ataquen.

Y entonces el juez dijo:

-No soy tan tonto, es usted la que confundió a todos. La que sembró cizaña.

-Es exactamente eso lo que dije que usted iba a decir. ¿No es así?

El secretario escribiente da vuelta unas hojas y encuentra que sí: casi las mismas palabras.

El juez se queda mirándola y al cabo de un rato le pregunta.

-¿Tiene el mazo de cartas consigo?

-Siempre lo llevo –respondió la gitana.

-Bien, acérquese, quiero hacerle unas preguntas.

Luis Sagasti